

# CORINA BOMANN

## La herencia de Agneta

*Traducción*

LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

PRIMERA PARTE

1913

# Capítulo 1

**A**lgo me deslumbró. Cuando abrí los ojos, creí estar en mi antiguo dormitorio de Lejongård, pero lo que al principio me pareció una cenefa del techo resultó ser una grieta alargada alrededor de la cual se habían acumulado manchas de humedad. Las más oscuras ya estaban ahí dos años atrás, cuando llegué al piso; las más claras habían aparecido hacía poco. A los inquilinos de arriba se les había caído un cubo de agua que le daba un toque nuevo a la decoración. La mampostería de las casas del barrio universitario de Estocolmo era porosa como una esponja y chupaba el agua tan deprisa como se filtraba al piso de abajo después.

A cambio, ser estudiante me permitía vivir allí a buen precio. Mi madre habría dicho que era un sitio cochambroso y que no estaba a mi altura, pero en él podía ser yo de verdad. Podía estudiar, aunque entre los miembros de la alta sociedad no estuviera bien visto. Podía vivir al margen de los convencionalismos. ¿Qué importaban un par de manchas de humedad en el techo del dormitorio?

Un aire frío me acarició la cara. Miré hacia el lugar del que provenía la corriente y vi que el papel de periódico había vuelto a caerse del hueco de la ventana de travesaños. Hacía mucho que tenía roto un cristal inferior. El desperfecto había sido culpa de un chiquillo que, llevado por la emoción del juego, le había dado a mi ventana con una piedra. Mi casero no veía por qué tenía que reparar él ese cristal, y yo no podía permitírmelo, porque para eso habría tenido que pedirle dinero a mi padre. Desde nuestra última gran discusión, en Navidad, ya no había vuelto a casa, a

Lejongård, y tampoco me había puesto en contacto con mi familia.

Sabía que mis padres desaprobaban mi forma de vida. Dos años antes, cuando fui al juzgado para tramitar mi emancipación, los dos pusieron unas caras muy largas, porque en realidad habían esperado que me casara antes de cumplir los veinticinco. No fue así, sin embargo, y al tomar las riendas de mi vida les hice ver que mi camino no sería el que ellos habían previsto para su hija.

De todas formas no era yo quien heredaría la finca algún día, sino mi hermano. Y Hendrik había sido un niño ejemplar, el mejor hijo que pudiera imaginar un hombre como el conde Thure Lejongård. Mi padre no se cansaba de restregármelo por la cara. Sin embargo, puesto que yo no era un varón y, además, era la segunda en la línea sucesoria, podía vivir mi vida como quisiera. O por lo menos mis amigas y yo estábamos firmemente convencidas de ello y defendíamos nuestras opiniones siempre que podíamos.

A la vida que había elegido le acompañaba también el intenso olor que flotaba en el aire. El acre aroma del aguarrás se mezclaba con el del barniz y los óleos, más suaves. Mi casa siempre olía así, incluso cuando no estaba trabajando en ningún cuadro. No tenía ni idea de quién habría ocupado el apartamento antes que yo, pero quien se instalara allí después de mí sabría que su antecesora había sido pintora.

Michael se movió a mi lado. Su pelo rubio rojizo surgió entre los cojines y poco después vi su rostro arrugado. Primero abrió un ojo, después el otro, pero enseguida volvió a cerrarlos con fuerza contra el sol que inundaba la habitación.

—¿Por qué te has despertado tan temprano?

Mi sonrisa afloró como las burbujas en un vaso de refresco. Tendí la mano hacia su cabello, que era espeso y tan suave como el pelaje de un gato. Me encantaba hundir los dedos en él, sobre todo cuando dábamos rienda suelta a la pasión y su cabeza se movía entre mis muslos.

—Son las nueve pasadas —respondí—. Hace rato que deberíamos habernos levantado.

—¿Quién lo dice? —Me miró y alargó los brazos hacia mí.

Entre las feministas había auténticas enemigas de los hombres, mujeres que habrían preferido no tener que acercarse jamás a uno de ellos. Pero a mí me gustaban. Para mí, lo importante era poder escoger a quién metía en mi cama, y desde hacía un año ese era exclusivamente Michael. A menudo me sorprendía pensando en no dejarlo escapar. Cuando acabara sus estudios de Derecho, tal vez nos casaríamos. Era extraño que yo, que había huido de casa de mis padres, pensara en el matrimonio, pero la idea me producía una dicha inmensa. Con ello volvería a perder la independencia por la que tanto había luchado, aunque estaba segura de que Michael no tendría nada en contra de que siguiera pintando. Por lo menos, no había tenido ningún reparo en enamorarse de una sufragista.

—Crecí en una buena casa en la que rigen la puntualidad y el orden —repliqué.

Michael me besó y ahuyentó esas ideas que me llevaban de vuelta a mis padres.

—¿Ah, sí? —repuso, y empezó a acariciarme el cuello y descender despacio por mi cuerpo.

Los latidos que sentí en la entrepierna me decidieron a dejarle plena libertad. Me encantaba que nos amáramos justo después de despertarnos, era maravilloso y me daba fuerzas para el día que tenía por delante.

Unos golpes repentinos en la puerta me sobresaltaron. También Michael se detuvo. Primero miró hacia la entrada y luego a mí, extrañado.

—¿Esperas a alguien?

Tenía la cara colorada. Sentí que le costaba contener la excitación, y también yo habría preferido entregarme a otros menesteres en lugar de ponerme a pensar en quién podía estar llamando a mi puerta a esas horas.

—¿Señorita Lejongård? ¿Está usted en casa? —preguntó una voz seguida de más golpes, que sonaron con mayor insistencia—. Traigo un telegrama para usted. ¡Es urgente!

¿Un telegrama?

—¡Un momento, ya voy! —exclamé, y miré a Michael.

—¿De verdad tienes que ir? —protestó mientras empezaba a besarme el cuello otra vez.

Por mucho que me hubiese gustado quedarme entre sus brazos bajo las cálidas mantas, me separé de él y me levanté de la cama. El frío aire de marzo disipó de golpe mi cansancio y, por desgracia, también mi excitación. Alcancé la bata y me la até a la cintura antes de abrir la puerta.

El cartero, con uniforme del Correo Real Sueco, me miró con cierto apuro.

—Buenos días. Disculpe que la moleste, pero debo entregarle este mensaje urgentemente.

Acepté el pequeño sobre que me tendía y le di la vuelta. Era un telegrama de mi madre.

—Aguarde un momento.

Mientras el cartero esperaba en la puerta, fui a una cómoda donde tenía algo de dinero suelto. Le di diez ören y cerré la puerta. Por alguna razón, tuve la sensación de que ese pequeño sobre pesaba más que un saco de piedras.

—¿De qué se trata? —preguntó Michael, que se había incorporado en la cama.

Al contrario que yo, no parecía sentir el frío, pues se había recostado sobre los almohadones con el torso desnudo. Los rayos de sol conferían un resplandor dorado a su piel, bien podría haber posado para cualquiera de los numerosos pintores de nuestro barrio.

—Ahora lo veremos.

Metí el dedo por la abertura de la lengüeta y rasgué el sobre.

¿Qué podía querer mi madre? No habíamos tenido ningún contacto desde Navidad. Saqué el telegrama y lo desdoblé. En cuanto lo leí, boqueé sobresaltada.

Tu padre y Hendrik accidentados *Stop* Ven a casa enseguida  
por favor *Stop* Tu madre

Me quedé de piedra. ¿Un accidente?

El corazón se me aceleró y por un momento intenté convencerme de que no era más que un perverso truco de madre para hacerme volver a casa. Sin embargo, Stella Lejongård jamás bromeaba con la salud y la vida de sus familiares.

—¿Qué ocurre? —preguntó Michael, y se levantó.

No podía contestar. Estaba paralizada, de pie en medio de la habitación, y no lograba apartar la vista del telegrama. Las letras mecanografiadas parecían marcadas a fuego sobre el papel.

No volví en mí hasta que me puso una mano en el hombro.

—Mi... mi padre... —balbuceé—. Mi hermano y él... han tenido un accidente.

—¿Cómo ha sido?

—No lo dice, quizá con los caballos...

Mis pensamientos daban vueltas y más vueltas. Mi padre y Hendrik eran excelentes jinetes. Un accidente ecuestre en el que ambos hubieran resultado heridos me parecía algo improbable. ¿Estarían muy graves? Sin duda era serio, de lo contrario mi madre no me pediría que regresara. El papel resbaló de mis manos y Michael se agachó a recogerlo.

—Tengo que volver a casa —susurré apenas.

Como no tenía ningún secreto con Michael, dejé que leyera el telegrama.

—¡Santo cielo! —exclamó, espantado. Me miró y me tomó de la mano, aunque a mí me pareció la mano de otra persona—. ¿Puedo ayudarte de alguna manera? ¿Quieres que te acompañe?

—No —dije, e intenté recomponerme—. Tengo... tengo que tomar un tren. O buscar un carruaje.

—En carruaje tardarías demasiado, pero tal vez haya hoy algún tren a Kristianstad.

Asentí, aunque era como si el cuerpo no me obedeciera. Debía darme prisa, pero no era capaz. Me habría gustado esconderme bajo las mantas y fingir que ese telegrama no había llegado, que yo no estaba allí. Sin embargo, debía partir. ¡Maldita sea, debía partir!

Por fin volví en mí.

—¿Te ayudo? —se ofreció Michael.

Negué con la cabeza. Aquello era algo que debía afrontar sola, no había ayuda posible. Además, ¿llevarlo a conocer a mi madre? ¡Dios no lo quisiera!

Cuando abrí el armario descuadrado, la pesadez de mi cuerpo se transformó en un nerviosismo inquieto. Saqué un par de cosas con manos temblorosas. Me daba igual lo que pensara mi madre; además, mis mejores prendas se habían quedado en Lejongård, así que no estaría contenta con nada de lo que me pusiera. Una blusa negra resbaló entre mis dedos, y por algún motivo me la quedé mirando. Negro no, me dije, y sentí crecer una oleada de miedo en mi interior. El negro era el color del luto, sin duda un mal presagio, así que la lancé al fondo del armario. Solo ha sido un accidente, pensé. Habían tenido un accidente, estaban heridos pero seguían con vida. Si alguno de ellos hubiese muerto, mi madre no me lo habría ocultado.

Mientras me vestía me noté febril. El solo tacto de la tela me dolía, el abrigo que me eché por encima casi me aplastó bajo su peso, y las manos me temblaron al levantar la bolsa.

Me volví hacia Michael, que ya se había puesto una bata.

—Bueno —dije, como siempre que terminaba algo.

Él abrió los brazos.

—Ven aquí —susurró, me atrajo hacia sí y hundió el rostro en mi cuello, igual que yo en el suyo.

Casi con desesperación, lo estreché entre mis brazos y le di un beso apasionado.

—Estaré contigo, ¿me oyes? —dijo con los labios sobre mi pelo—. No importa lo que hagas ni a lo que te enfrentes, estaré contigo. Te ayudaré pensando en ti.

—Eso es precioso —repuse—. Gracias.

Sus palabras merecían una respuesta más ardorosa, pero no me vi capaz. A pesar de lo mucho que significaba Michael para mí, ese telegrama había vuelto a convertirme en la hija de la casa Lejongård, que debía mostrarse recatada hasta que sus padres le encontraran un hombre. Se me partía el corazón, pero no tenía alternativa. Me separé de él a regañadientes y me volví hacia mi equipaje.



—¿Regresarás? —oí su voz a mi espalda.

Me quedé helada. Me preguntaba lo mismo cada vez que iba a mi casa, y siempre le contestaba con un sí sonriente, pero esta vez sentí un peso en el corazón. Por supuesto que regresaría, solo que en ese momento me resultaba muy difícil decir cuándo, algo que me inquietaba.

—Regresaré en cuanto pueda, te lo prometo —contesté, y le envié un beso con la mano.

Después di media vuelta, cogí la bolsa y salí del apartamento.

Fuera me recibió el fresco aroma de la primavera, por una vez no corrompido por ningún hedor. De vez en cuando alguien orinaba en algún portal cercano, casi siempre los domingos por la noche, después de que las hordas de estudiantes y parroquianos habituales salieran de las tabernas.

¿Era posible que los estudiantes se hubieran vuelto abstemios? Me pareció muy improbable.

Eché a andar deprisa. El barrio de Norrmalm, con sus calles amplias y sus edificios clasicistas, era un lugar de actividad frenética los lunes por la mañana. Junto a trabajadores y viajeros que se dirigían a la estación, también transitaban muchos estudiantes por las aceras.

Ese mediodía habría tenido que asistir a un seminario en la Escuela Real de Bellas Artes, pero al recordarlo solo sentí una extraña indiferencia. Era como si alrededor de mí todo estuviese de pronto muy lejos, como si avanzara entre una niebla que apenas me dejaba percibir los contornos de las cosas. Lo único que notaba de verdad era el peso de mi bolsa y el inquieto removerse de mi estómago. ¿Cuándo saldría el primer tren? ¿Podría avisar antes a mi madre por telegrama?

Era asombroso cómo el destino lo cambiaba todo. El día anterior no habría perdido ni un segundo pensando en la casa de mis padres, y de repente no podía ocupar mi cabeza con nada más. De súbito volvía a tener presentes todos los olores

y las imágenes, las alegrías y las heridas; impresiones que habían quedado grabadas indelebles en mi mente.

—¡Agneta! —Una voz me sacó de mi ensimismamiento.

Me di media vuelta. Marit venía corriendo hacia mí recogiendo la falda verde y dejando ver un poco de sus pololos. Llevaba los botines marrones, siempre con aspecto desgastado, todos salpicados de barro. Alrededor de su cuello ondeaba la bufanda que se había tejido ella misma.

—Madre mía, pero ¿es que estás sorda? —preguntó al alcanzarme—. ¡Hace un buen rato que corro tras de ti!

Marit exageraba, porque no estábamos ni a doscientos metros de mi portal, pero así era mi amiga. Dejé la bolsa en el suelo para poder abrazarla.

—Perdóname, por favor, iba absorta en mis cosas. Voy camino de la estación. Un asunto familiar.

—Entonces, ¿no vendrás hoy a la protesta ante el despacho del decano? —Marit pareció decepcionada. Organizaba manifestaciones, conseguía materiales para las pancartas y convocaba a las mujeres, todo ello con un entusiasmo envidiable. Ese día íbamos a protestar delante del despacho del decano contra los que querían impedir la matriculación de mujeres—. Pensaba que ya no tenías contacto con tu familia.

—Y así es, pero a mi padre y mi hermano les ha ocurrido algo. Parece grave, y mi madre me ha pedido que vaya enseñada.

Marit se tapó la boca con la mano.

—¡Qué horror! ¿Te ha dicho qué les ha pasado?

—No, pero no me habría avisado si no fuese urgente de verdad.

—Ay, lo siento mucho. —Me abrazó y me estrechó con fuerza—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Me temo que no, pero gracias. Te diré algo en cuanto tenga más detalles, ¿de acuerdo?

—Sí, por favor. Rezaré por tu padre y tu hermano. No suelo tener mucho trato con Dios ni con la Iglesia, pero en este caso haré una excepción.

Era cierto. Marit se dejaba ver muy poco por la iglesia, porque creía que allí no hacían nada por la igualdad de la mujer. Que se ofreciera a rezar por nosotros era algo insólito. En ese momento deseé poder llevarla conmigo. Fuera lo que fuese lo que me aguardaba, sin duda me vendría bien su apoyo. Pero no podía ser.

—Saluda a las demás de mi parte —dije cuando me solté de su abrazo—. Diles que cruzaré los dedos por ellas y por la manifestación.

—Ahora eso no importa. Para ti, hoy lo primero es la familia y nada más. Aunque desde luego te echaremos de menos. Cuando pienso en cómo acorralaste al profesor Svensson con tu discurso...

—Gracias.

Volví a abrazarla y la estreché contra mi pecho. Después levanté la bolsa del suelo; parecía aún más pesada que antes.

—¡Que vaya todo bien! ¡Y cuídate! —Se despidió de mí con la mano hasta que eché a andar.

Pasé por delante de la preciosa Ópera Real, que muchas veces me detenía a contemplar, y por fin vi la estación.

El ambiente olía a humo. En el puerto se oyó la sirena de un vapor, y a eso le siguió el pitido de una locomotora. Desde que Suecia había decidido no volver a dejarse arrastrar a ninguna guerra, el país se encontraba en pleno auge. También para las mujeres estaban cambiando algunas cosas. Con veinticinco años cumplidos podíamos tramitar nuestra emancipación, siempre y cuando no estuviéramos casadas, y hacía poco se había aprobado una ley que nos permitía proteger nuestro patrimonio heredado mediante capitulaciones matrimoniales. Eran victorias importantes para el movimiento feminista, aunque todavía no habíamos alcanzado el mayor objetivo: el sufragio femenino, que en Finlandia se había aprobado siete años antes. También en Noruega se iban logrando progresos, pero no en Suecia. Aun así, que los políticos hicieran oídos sordos no quería decir que no fueran conscientes de nuestras acciones. Seguiríamos luchando.

En la Real Academia de las Artes también se estaban consiguiendo cosas. La primera mujer a quien se le permitió el acceso fue Anna Nordlander, en 1864. Y si bien los esfuerzos de varios estudiantes y artistas reunidos en un grupo llamado *Opponenterna* para emprender reformas fundamentales habían fracasado, desde entonces ingresaban cada vez más mujeres en la institución. Los conflictos no habían desaparecido, desde luego, pero cualquier molestia quedaba compensada por la sensación de libertad que se respiraba.

Cuando por fin llegué a la estación, el sudor me resbalaba por la cara y la espalda. Aun así, me alegré de llevar el abrigo puesto. El aire de marzo traía consigo la promesa de la primavera, pero todavía era traicionero. Una multitud de personas se arremolinaban ante el blanco edificio clasicista. Aquí y allá destacaba algún sombrero o una americana de color crema. Los coches de punto circulaban pegados unos a otros, y de ellos se apeaban más viajeros. Me pregunté cómo conseguían no tropezarse unos con otros.

El año anterior había pintado la estación y me había ganado una reprimenda de mi profesor. Lo había hecho siguiendo el estilo de Van Gogh porque sabía que Andersen lo veneraba, pero erré mis cálculos. El profesor vino merodeando hasta mi caballete y, delante de toda la clase, ladeó la cabeza a uno y otro lado, como siempre. Después se rascó el mentón, entornó los ojos y se dirigió a mí:

—Un trabajo excelente —dijo, y yo fui tan tonta que creí que pretendía elogiarme—. Excelente de verdad... para una copista. —Su semblante se ensombreció tanto que creí que el sol había desaparecido de la ventana—. Sin embargo, me parece que no está usted aquí para aprender el oficio de falsificadora de arte. Y en caso de que así sea, deberé proponer que la expulsen inmediatamente de la universidad.

Su voz retumbó por toda la sala. Me quedé de piedra. Las miradas de mis compañeros se clavaron en mí como si fueran agujas. De la mayoría no podía esperar ninguna compasión. Apenas había mujeres en el seminario de Andersen, y casi todos los hombres compartían con el profesor la opinión

de que el lugar más indicado para una mujer era el de una buena esposa, junto a los fogones.

Andersen debió de leerme en la cara lo que estaba pensando.

—Y antes de que me venga otra vez con consignas de sus amigas las sufragistas —prosiguió, esta vez iracundo de verdad—, puedo asegurarle que yo mismo la habría sacado ya de la clase con una sola mano si hubiese sido un hombre. Si quiero ver un Van Gogh, viajo a París. ¡Aquí quiero ver quién es usted! ¡Y si merece que yo la forme!

Me quedé mirándolo fijamente. Al principio fui incapaz de pensar, pero después comprendí el enorme error que había cometido. No era propio de mí decir lo que el otro esperaba oír. ¿Por qué lo había intentado con Andersen?

Estaban a punto de saltárseme las lágrimas, pero no quería ponerme a lloriquear delante de los demás. Seguro que los chicos se habrían reído. Pensé en mi madre, me pregunté qué haría y qué diría ella en una situación así, y de repente mi autocompasión se convirtió en ira.

Andersen no dejaba de mirarme, sin duda esperando mis lágrimas. En cambio, lo que recibió fue la mirada más furiosa que fui capaz de lanzarle.

Aparté ese recuerdo y entré en el vestíbulo de la estación. Mi mirada recayó en el gran reloj. Había pasado una hora desde que había recibido el telegrama. Ante la taquilla se había formado una larga cola y no tuve más remedio que ocupar un lugar en ella. Notaba un latido en las sienes. Bajo el techo abovedado del vestíbulo, las voces convergían en una cacofonía impenetrable que sonaba casi como el estruendo de un trueno. Cualquiera otro día lo habría encontrado emocionante; acostumbrada al silencio del que había vivido rodeada siempre en nuestra finca, para mí aquello era el estrépito del mundo, de la libertad. Pero por algún motivo de pronto me molestaba, me resultaba casi insoportable.

El pitido de un tren que llegaba me distrajo un poco. En la estación seguían entrando más personas. Algunas llevaban abrigos loden, como yo, otras iban cubiertas por caras pieles.

Una mujer con un enorme sombrero de plumas me llamó la atención. Mi madre debía de tener decenas de sombreros como ese, pero a mí tanta pompa no me gustaba nada, y menos aún esa clase de tocados. Pesaban mucho, eran engorrosos y a menudo ocultaban a quien los llevaba.

—¿Señorita?

Me volví. La cola había avanzado y ya era mi turno.

—Ay, disculpe. Estaba distraída. Querría un billete para Kristianstad. ¿Cuándo sale el próximo tren?

—Dentro de media hora —respondió el empleado—. ¿Solo ida?

—Sí —me oí responder antes de poder pensarlo.

Le había prometido a Michael que regresaría lo antes posible. Pero ¿cuándo sería eso? Mi madre no me había explicado si las heridas eran leves o graves. Mi padre, y sobre todo Hendrik, necesitaban mi apoyo. Y si ocurría lo peor... No, me negué a pensar en ello. Aun así, sabía que no me sería sencillo regresar, y gastar dinero en un billete que tal vez no llegara a utilizar era algo que no podía permitirme.

El empleado me miró un instante y dijo el precio. Le pasé las coronas por el mostrador y me alejé con el billete en la mano. Aprovecharía el tiempo que tenía hasta la salida del tren para enviarle un telegrama a mi madre.



## Capítulo 2

La mayor parte del trayecto fui mirando por la ventanilla sin pensar en nada. Recordaba con viveza una ocasión en que ya había temido por la vida de mis padres. En aquel entonces yo tenía doce años, mis padres habían ido de viaje a Francia y seguían sin llegar a casa dos días después de la fecha de regreso prevista. No teníamos noticias suyas, y en la finca todos estaban inquietos.

La señorita Rosendahl era la doncella de mi madre. Era una persona tranquila y circunspecta, pero un día perdió la serenidad y la encontré sentada en la cocina, llorando por su señora.

También yo estaba preocupada por mis padres, solo que no me había dejado llevar tanto como ella. A fin de cuentas, tenía a mi hermano Hendrik y él seguía bastante tranquilo. Cuando fui a preguntarle si nuestros padres no tendrían que haber dado noticias hacía tiempo, se limitó a contestar que seguramente habrían improvisado una visita a algún pariente. El telegrama con el que sin duda nos lo habían comunicado, aseguró, se habría perdido por el camino.

Tras esa respuesta, se encogió de hombros y se marchó. Yo intenté distraerme, pasé un buen rato en el vallado de los potros y corriendo por los prados. Sin embargo, las lágrimas de la señorita Rosendahl me habían alertado sobre la posibilidad de que mis padres no regresaran nunca. De que Hendrik y yo nos quedásemos huérfanos. De que un tutor desconocido tuviera que hacerse cargo de nuestra educación.

Sin que la doncella me viera, fui a mi habitación y me puse a mirar por la ventana mientras todos los miedos posibles

pasaban ante los ojos de mi imaginación... hasta que vi llegar un carruaje. ¡El carruaje de mis padres! El corazón me cerró la garganta y, al verlos bajar, sentí un alivio que jamás había experimentado. Los soberanos del reino de mi infancia estaban de nuevo en casa.

Conseguir el amor de mi madre siempre fue difícil, porque me veía como a una muñeca que había que acicalar y que siempre debía estar callada, lo cual a mí me costaba horrores. Mi padre, en cambio, me ofrecía su cariño a manos llenas. Por lo menos mientras fui una niña, ajena a los problemas de los adultos. Salíamos a cabalgar juntos, y a menudo me llevaba a cuestras por la casa y me contaba cuentos de caballeros y ladrones antes de dormir.

La relación con mis padres empeoró cuando abandoné la Escuela Superior de Señoritas de Estocolmo. Su deseo era que me casara cuanto antes y tuviera hijos, pero ni siquiera después de mi debut encontraron a ningún candidato adecuado, lo cual contrariaba a mi madre y hacía que mi padre viese mi futuro con preocupación. Ninguno de los dos sospechaba que yo no quería una vida como la que ellos habían ideado para mí. Yo deseaba estudiar, ver algo de mundo, frecuentar salones de arte. Deseaba una visión más amplia de la vida, recabar conocimientos y, sobre todo, grabar nuevas imágenes en mi memoria. También quería escoger por mí misma a mi futuro marido. No pasó mucho tiempo antes de que todo estallara. Aun así, nada de eso me importaba demasiado porque sabía que sería mi hermano quien heredaría la finca algún día y se encargaría de la continuidad de la casa Lejongård. Yo, por el contrario, estaba condenada a perder mi apellido junto con mi libertad, y a abandonar mi hogar.

Y de pronto...

Maldije a mi madre en silencio. Tendría que haberme dado al menos algún indicio de qué había ocurrido exactamente y de cómo estaban los dos. Aparté mi inquietud e intenté concentrarme en el paisaje de la ventanilla. El sol se colaba entre los imponentes troncos de los árboles que flanqueaban el terraplén de las vías. Los bosques siempre



habían despertado mi fantasía. Había soñado con elfos y trolles, con mundos mágicos más allá de claros encantados.

Cuando salimos de la espesura, pasamos por unos campos extensísimos que todavía conservaban algún que otro resto de nieve sucia en los rincones umbríos. Pronto se extenderían alfombras verdes y doradas sobre las suaves y redondeadas colinas. En Escania, el granero de Suecia, las fincas eran tan famosas como el paisaje. Algunos terratenientes ostentaban el título de conde, otros pertenecían a la baja nobleza, pero todos eran valiosos para Suecia y también coincidían en casi todo lo importante: cuando quisieron una vía férrea, la consiguieron. Por aquel entonces yo aún no había nacido, pero podía imaginarme cómo había luchado mi abuelo por el ferrocarril.

El atardecer brillaba rojizo en el horizonte cuando el tren se detuvo en Kristianstad. Hasta allí no llegaban muchos pasajeros, hacía un buen rato que me había quedado sola en el compartimento. Alcancé mi bolsa de la rejilla portaequipajes y fui hacia la puerta del vagón. Un viento helado me azotó las mejillas. El invierno todavía no se había dado por vencido.

En un primer momento no vi a nadie conocido más allá del andén. ¿Habrían recibido mi telegrama?

Las corrientes de aire que había en la estación eran muy desagradables, así que me encaminé hacia la salida. En la pequeña caseta del revisor se veía una luz encendida. Cargué con la bolsa hacia la escalinata de la entrada y poco después oí cascos de caballo sobre el adoquinado. Era nuestro carruaje, que llegaba a la estación. Lo reconocí al instante por su oscura pintura roja. Un farol se balanceaba junto al pescante. Mi madre sí había enviado a alguien. El cochero echó el freno y bajó.

—Ah, aquí está, señorita. —El viejo August se quitó la gorra. Su espeso pelo canoso estaba algo despeinado por los lados—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

—Si solo han sido tres meses...

—Para un viejo como yo, eso es casi una eternidad —repu-  
so, y se encargó de mi bolsa de viaje—. ¿Dónde está el resto  
de su equipaje?

—En Estocolmo, ¿dónde si no? —contesté, e intenté ocul-  
tar la inquietud que me sobrevino al oír su pregunta.

—Bueno, si quiere, pediré que vayan a buscarlo.

¿Qué le habría contado mi madre al pobre hombre? ¿Que  
iba a quedarme para siempre? ¡Cómo se le ocurría!

—¿Cómo se encuentran mi padre y mi hermano? —pre-  
gunté mientras nos acercamos al carruaje.

La respiración de los caballos salía de sus ollares en nube-  
cillas.

—Sobre eso no puedo decirle nada, señorita. Lo siento.

Arrugué la frente.

—¿No puede decirme nada porque no lo sabe, o porque...?

—Su madre me ha prohibido que hable de ellos con usted  
—contestó August con gesto serio—. Quiere informarla ella  
personalmente.

—Entonces, ¿es grave?

El cochero apretó los labios. No le hizo falta contestar, lo  
vi en su mirada. Era grave.

—¿Podría decirme al menos qué clase de accidente fue?  
¿Se desbocaron los caballos?

—Ya lo verá —dijo August, afligido, y me abrió la porte-  
zuela.

Poco después, el carruaje se puso en marcha con una sa-  
cudida.

La extraña orden que mi madre le había dado a August,  
junto con el hecho de que el anciano, a quien conocía desde  
mi infancia, se atuviera a ella, no me hacía sospechar nada  
bueno. Me dolía el estómago y me latían las sienes. ¿Y si ha-  
bía ocurrido lo peor? ¿Por qué no había ido mi madre a bus-  
carme de inmediato para comunicarme lo sucedido? Que se  
hubiera quedado junto a sus respectivos lechos como amante

esposa y madre me resultaba muy extraño. Stella Lejongård prefería dejar la preocupación por los enfermos a los médicos y al servicio.

Una hora después, la mansión apareció ante nosotros. Del sol apenas quedaba una fina banda rojiza en el horizonte, pero bastaba para iluminar el tosco muro de piedra que rodeaba la casa señorial. La gran verja de hierro fundido con delicados adornos y cabezas de león sobre los batientes había impedido entrar a ladrones y rebeldes en el pasado, pero ese atardecer estaba abierta.

Recorrimos el camino bordeado de altos tilos, pelados en esa época del año. En verano, sus copas daban sombra y casi formaban una techumbre, las abejas zumbaban entre sus ramas y se percibía un aroma dulzón, a miel. Ese día, sin embargo, en lugar de todo eso solo había una bandada de cornejas posada en los árboles. Y el olor me resultó bastante peculiar. No fui capaz de identificar qué era, pero me preocupó.

Los muros blancos de la mansión también se distinguían bien en el crepúsculo. Las ventanas de las dos plantas inferiores nos dieron la bienvenida con su luminosidad.

Ante esa imagen me invadió un sentimiento curioso. Por un lado, en mi interior se debatían el miedo y la incertidumbre; por otro, sentí alegría y calidez. Volví a recordar que no había sido la finca lo que me había alejado de allí. Los verdes prados, los bosques imponentes, los potreros y los establos, incluso la blanca casa señorial, siempre me habían tratado muy bien, nunca me habían menospreciado.

En esa casa, de hecho, había podido esconderme durante horas de mi institutriz y también de mi madre. Cuando éramos pequeños, subía al tejado con Hendrik y, sentada allí arriba, imaginaba historias. Seguramente fue en uno de esos momentos cuando decidí que me dedicaría al arte, a la pintura o la escritura.

De repente comprendí a qué olían los tilos, y fue como recibir un puñetazo: un acre olor a incendio entraba por la ventanilla del carruaje. Cuando era niña, una vez hubo fuego en uno de los heniles y el viento empujó el humo hasta la casa. El

olor impregnó las habitaciones durante días, por mucha lavanda que pusieron las criadas. ¿Se había producido un incendio?

Desde el carruaje no podía mirar a lo lejos, el resplandor de las ventanas de la mansión me impedía ver nada más allá.

Cuando August llegó por fin a la rotonda de la entrada, apenas si podía estarme quieta en el asiento. No esperé a que el carruaje se detuviera del todo, sino que abrí la portezuela de golpe y salté al suelo en cuanto el cochero gritó «¡So!». Casi tropecé sobre la grava, pero recuperé el equilibrio y subí los escalones a toda prisa. Como la puerta de la entrada estaba cerrada, llamé.

Un momento después apareció Arno Bruns, el ayuda de cámara de mi padre, que a esas alturas debía de rondar los sesenta años. Su pelo negro se había ido volviendo cada vez más gris, casi del todo blanco. Tenía un rostro anguloso, ojos marrones como dos granos de café y cejas muy pobladas. De pequeña siempre le tenía miedo. Junto con la señorita Rosendahl, que desde hacía unos años era el ama de llaves, dirigía el servicio y velaba por el bienestar de nuestra familia.

—Buenas noches, señorita —dijo nada más abrir la puerta, y me dedicó una ligera reverencia—. Me alegro de que haya llegado bien.

—Gracias, Bruns. ¿Dónde está mi madre?

—En el dormitorio del señor —contestó—. La acompañaré.

Me habría gustado prescindir de su compañía, pero en aquella casa todo tenía sus reglas, incluso el regreso de una hija descarriada. Subimos la escalera en silencio. Si con August no había servido de nada preguntar, con Bruns era imposible esperar respuesta alguna. En su semblante no podía adivinarse nada. De joven había viajado a Inglaterra, donde se había formado como ayudante de cámara, y nunca se cansaba de inculcar al personal lo que él denominaba «el estándar inglés».

La preocupación por mi padre y por Hendrik hizo que casi no me fijara en la majestuosidad del vestíbulo de entrada, iluminado por una enorme araña de cristal. Altos cuadros saludaban al visitante: aquí una escena de caza, allá un

extenso paisaje con cielos resplandecientes, y entre unos y otros el retrato de algún antepasado de gran mérito. El más famoso era Axel Lejongård, que había sido confidente del primer rey de la dinastía Bernadotte, cuya elección a príncipe heredero apoyó. Con sus ojos azul brillante, sus patillas y su uniforme impecable, contemplaba altivo al observador, sin duda muy atractivo para las damas de su época.

Sin querer, saludé levemente con la cabeza a mi ilustre antepasado y enseguida me acerqué más a Bruns. Los pasos de este apenas se oían sobre las alfombras. Avanzaba con tanta dignidad como si se dirigiera a un baile.

Me extrañó fijarme en ese detalle. Yo había crecido allí, conocía hasta el último rincón, pero aun así la casa me intimidaba cada vez que regresaba después de una larga ausencia.

Nos detuvimos ante la habitación de mi padre. Mi madre disponía también de un aposento propio, así que rara vez utilizaban la habitación de matrimonio. Yo solía colarme en la cama de mis padres cuando tenía cuatro o cinco años, pero aquello tuvo un abrupto final. No fue hasta más adelante cuando comprendí que ya no me permitían entrar en esa habitación porque había quedado en desuso.

Bruns llamó a la puerta y, como no hubo respuesta, abrió sin más. Eso me pareció extraño, ya que normalmente esperaba a que el señor de la casa respondiera. Sin embargo, tal vez mi padre estuviera durmiendo, y quizá yo no había oído la voz de mi madre.

Al entrar me quedé estupefacta. Mi madre no estaba presente, y mi padre yacía en la cama ataviado con su mejor frac. Tenía la cara muy pálida y parecía pintado con una pasta blanca que me recordó de forma grotesca el maquillaje de un payaso que había visto una vez en el circo.

Me quedé sin respiración y me tambaleé hacia atrás. El torso de mi padre no se movía, sus manos descansaban inertes sobre su pecho.

—Señorita, siéntese—dijo Bruns, y me acercó un taburete.

Por un momento tuve la tentación de dejarme caer, pero entonces di media vuelta y me quedé mirando al ayuda de

cámara sin dar crédito. ¿De quién había sido la idea? ¡Seguro que de él no!

—Bruns —balbuceé—, ¿qué significa esto? ¿Por qué no me ha avisado?

Me inundó un odio ardiente. Mi padre estaba muerto y nadie me había preparado para ello. Nadie había intentado explicármelo con consideración. El ayuda de cámara se había limitado a llevarme a la habitación con el pretexto de que allí encontraría a mi madre.

Primero se le ruborizó la cara, luego palideció y después volvió a sonrojarse.

—Disculpe, señorita, pensaba que...

—¡No me mienta! —protesté—. ¿Por qué no me ha dicho que mi padre había fallecido?

Él intentó tomar aire y miró alrededor en busca de auxilio.

—Porque así se lo he ordenado yo —dijo una voz detrás de él.

Un instante después la vi. Pálida y elegante, toda vestida de negro.

¡Mi madre! Empezó a temblarme el cuerpo y se me saltaron las lágrimas.

—No sabía que ibas a llegar tan pronto, por eso me permití ausentarme un momento. —Su voz no delataba sentimiento alguno.

Se me nubló la vista y noté el pulso en las sienes. ¿Cómo podía ser mi madre tan cruel? ¿Cómo podía hacerme algo así? Tuve ganas de salir corriendo de allí, pero las piernas me flaquearon. Bruns me sostuvo a tiempo y me condujo hasta un taburete. En cuanto me repuse un poco, aparté su mano de golpe. El hombre se estremeció. No había contado con una reacción así por mi parte.

—Puede retirarse, Bruns —espeté, tras lo cual él se inclinó y salió de la habitación.

Me quedé allí sentada como una muñeca rota, con la mirada puesta en mi padre, ese cascarón vacío que era todo cuanto quedaba del hombre orgulloso y fuerte que había sido. El odio hacia mi madre y la ira hacia ese ayuda de cámara que me conocía desde pequeña y no había tenido el



valor de advertirme, aunque con ello hubiese incumplido una orden de su señora, me enervaban y al mismo tiempo me debilitaban.

—Como te decía en el telegrama, hubo un accidente. Se declaró un incendio en el establo grande, y tu padre y tu hermano intentaron poner los caballos a salvo. Mientras lo hacían, les cayó encima el techo del pajar.

No me moví. Sus palabras eran como gotas de agua helada sobre una piel febril: no mitigaban el ardor, solo dolían.

Me habría gustado espetarle qué había hecho yo para merecer semejante baja por su parte. No salir a recibirme para informarme de que mi padre había muerto, no consolarme y no esperar a que me tranquilizara antes de llevarme a verlo de cuerpo presente era lo peor que me había hecho jamás. Lo peor que me había ocurrido en la vida.

—Tu hermano todavía está en el hospital, los médicos están haciendo todo lo que pueden por él —prosiguió, sin dejar entrever ni una pizca de dolor, como si Hendrik no fuese hijo suyo.

¿La había dejado en ese estado la muerte de su marido?

Mi hermano estaba vivo. Eso me consoló un poco, aunque seguía demasiado aturdida y conmocionada como para mostrar ninguna reacción.

Miré a mi padre. Estaba muerto. Muerto. La palabra martilleaba en mi cerebro y al final consiguió quebrar algo en mi interior, pero en esa casa no podría entregarme a mi dolor hasta que me dejaran sola.

No eran de pena las lágrimas que anegaron mis ojos.

Me levanté de súbito y miré a mi madre. Incluso siendo yo muy pequeña, siempre se había comportado como una auténtica reina de hielo cuyo amor nadie conseguía por mucho que lo persiguieran. Y ahora se había convertido en una bruja malvada. Deseé que hubiese entrado ella en ese pajar cuando el tejado en llamas se vino abajo.

Los ojos me ardían de furia.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le recriminé—. ¿Por qué has hecho que me trajeran a esta habitación sin avisarme?

El rostro de Stella Lejongård no se movió ni un milímetro. Mi madre era siempre fría y circunspecta, pero en ese momento de pérdida la entendía menos que nunca.

—¿Cómo habría podido localizarte de camino? —contestó con sobriedad, como si hablara de hacerme llegar una lista de la compra—. Tu padre aún estaba vivo cuando te envié el telegrama.

Tal vez fuera cierto, pero nada justificaba que Bruns me hubiese llevado a la habitación de un difunto sin prevenirme de nada.

—Tendrías que haber salido a recibirme —repliqué. Esta vez sí se me saltaron las lágrimas y me cerraron la garganta—. O por lo menos haberles pedido a August o Bruns que me advirtieran.

Las lágrimas me nublaron la vista. El ardor de la furia que llenaba mi pecho se convirtió en un dolor casi insoportable. Mi padre estaba muerto, fallecido a causa de las heridas sufridas en un incendio.

—¡Deberías haber salido a recibirme! —repetí—. ¡Deberías habérmelo dicho antes de que lo viera! ¿Qué clase de madre eres?

Mis reproches parecían resbalarle, ni siquiera se estremeció. Se quedó allí de pie sin decir nada, como si estuviera sopesando una respuesta. Entonces me miró, o por lo menos eso me pareció ver a través del velo de lágrimas.

—¿Y qué clase de hija eres tú? —preguntó con frialdad—. ¡Hace mucho que no te preocupas por la familia! Siempre has sido una egoísta.

Esas palabras volvieron a hacer que la pena que sentía se transformara en rabia.

—¿O sea que yo tengo la culpa de esto? —Levanté el brazo con brusquedad y señalé a mi padre. Se me quebró la voz. Hasta las criadas debieron de oírme desde sus habitaciones de arriba—. ¿Solo porque he querido seguir mi propio camino? Estamos en el siglo veinte, madre, no en la Edad Media. ¡Los establos no arden porque una hija no cumpla con las expectativas de sus padres!



¿Por qué había tenido que sacar el tema? ¿Por qué siempre los mismos reproches, incluso en ese momento, ante semejante pérdida?

—¡Tu padre esperaba que recobraras la sensatez! Aun en su lecho de muerte te aguardaba y preguntaba cuándo llegarías.

Eso fue un golpe bajo. ¿Cómo se atrevía? Fue entonces cuando cedí a la conmoción que me había supuesto la visión del cadáver. Sentí náuseas, me costaba respirar. Las rodillas y las manos me temblaban.

—¡He venido nada más recibir el telegrama! —insistí mientras las lágrimas me ahogaban. Por fin entendía adónde quería llegar y cuál había sido su intención al enfrentarme con el cadáver de mi padre. A sus ojos, sin duda era un justo castigo por haberme alejado de la familia.

—Si no hubieses estado en Estocolmo, no habrías tenido que venir de tan lejos. Habrías podido estar a su lado. —Su voz rezumaba convicción. Para ella, la muerte de mi padre no era más que otro motivo para atormentarme.

La habitación se me vino encima de repente. No soportaba estar allí dentro al lado de mi madre, que envenenaba el aire con sus reproches. Quise golpear algo, pero no tenía fuerza en los brazos y el corazón me dolía de pena y rabia.

Aunque tal vez debería haberlo hecho antes, fue entonces cuando salí precipitadamente de la habitación para no derribarme delante de Stella. Que Bruns estuviese junto a la puerta y, por tanto, se hubiese enterado de nuestra discusión no me importó. Tenía que encontrar un lugar que me ofreciera intimidad para llorar.

Crucé corriendo la galería y torcí por el pasillo que llevaba a las habitaciones de los niños. Cuántas veces había corrido a la de Hendrik en busca de su protección... Tampoco él entendía que quisiera seguir mi propio camino, pero por lo menos me apoyaba.

Sin embargo, Hendrik no estaba, así que me encerré en mi cuarto, me lancé sobre la cama y lloré como hacía mucho que no lloraba.

## Capítulo 3

Por la mañana desperté con la firme convicción de que el día anterior no había sido más que un mal sueño. Uno de esos que te dejaban con la sensación de haberlo vivido todo de verdad. A veces tenía sueños de ese tipo. Michael opinaba que era porque les daba demasiadas vueltas a las cosas, y me aconsejaba que me quitara de encima las preocupaciones pintando.

Pero ¿cómo iba a pintar la muerte de mi padre?

Con esa pregunta todavía en mi cabeza, poco a poco comprendí que no lo había soñado. Todo había sido real. Ya no me encontraba en la habitación del barrio universitario de Estocolmo, con sus corrientes de aire. Las ventanas eran altas y el sol que entraba por los claros cristales acariciaba mi rostro con calidez. También el olor era diferente. En lugar de aguarrás y barniz, un aroma a lavanda y rosa impregnaba el aire. Estaba en casa. El lugar del que había huido.

Tumbada en mi cama, me vi vestida aún con lo que me había puesto para el viaje. Michael no estaba a mi lado. ¡Cómo me habría gustado abrazarlo y sentir su calor en ese momento! Al incorporarme, no encontré caballetes vacíos ni lienzos tapados, sino la chimenea con sus antiquísimos cuadros, el armario donde hibernaban mis vestidos de baile, y los pesados cortinajes, que no estaban echados. Las sábanas y mantas de la cama olían un poco a moho. Nadie había preparado la habitación. Era fría, húmeda y poco acogedora, pero no importaba: no pensaba quedarme más allá del entierro de mi padre.

Gemí al colocar las extremidades en una posición más natural. Dormir boca abajo no me sentaba bien, después siempre me dolía muchísimo la espalda.

Acababa de soltarme la melena alborotada cuando llamaron a la puerta. Levanté la mirada, sorprendida, hasta que recordé que una nunca estaba sola de verdad en esa casa, y que no sería mi madre quien quería saber cómo me encontraba.

Puesto que no había llamado al timbre y ya pasaba de las nueve de la mañana, las criadas querrían saber qué ocurría conmigo. La afrenta de la noche anterior, a fin de cuentas, también podría haberme empujado a abandonar la casa en secreto y huir a la estación del tren.

—¡Adelante! —exclamé, y empecé a desabotonarme las mangas del vestido.

A la primera criada que entró, Susanna, la conocía de mis últimas visitas. Llevaba la melena rubia trenzada en una corona, cosa que yo siempre había envidiado a las muchachas del pueblo. Era guapísima, y mi madre y Hendrik tendrían que cuidar de que su familia no se la llevara pronto para casarla. La criada que iba con ella, una chica menuda y pálida, de extremidades largas y cuerpo delgado, me era desconocida. Su pelo de mechones castaños y sus ojos oscuros y de mirada asustadiza le daban aspecto de gorrioncillo a punto de salir volando por la ventana.

—Buenos días, señorita, disculpe que la molestemos. La señora querría saber si va a desayunar en su habitación o si desea bajar.

La señora... Tuve que reprimir una carcajada. A mi madre le daba lo mismo que yo comiera o no. Sin embargo, puesto que el servicio sabía de mi presencia allí, había que mantener cierto decoro. Así que había mandado preguntar a la hija de la casa dónde quería tomar el desayuno. Yo habría preferido que me lo subieran a la habitación.

—Bajaré —respondí. De todas formas, no conseguiría ahorrarme la confrontación, así que más me valía presentarme ante mi madre con valentía.

—Como desee, señorita —repuso Susanna, y casi pareció sentir cierto alivio. Al servicio siempre le resultaba difícil realizar sus tareas con discreción cuando el ocupante de una habitación no salía de allí—. Por cierto, esta es Lena Tyske. —Susanna miró a su acompañante—. La señora desea que desde este momento esté a su disposición. —El alivio dio paso al bochorno. Al ver que yo arrugaba la frente con extrañeza, añadió—: Lena llegó a Lejongård hace tres días, es posible que aún no sea capaz de desempeñar sus labores del todo correctamente, pero intentaré explicárselas lo mejor posible.

¡Ah, por ahí iban los tiros! Mi madre había puesto a la criada más joven a cargo de mi cuidado personal. La muchacha no aparentaba más de catorce o quince años, y no contaría con demasiada experiencia. Así que tendría que apañármelas con los errores que cometiera, o en última instancia hacerme las cosas sola. Justo eso era lo que parecía esperar mi madre.

Sin embargo, aquel gorrioncillo no tenía ninguna culpa.

—Muchas gracias, Susanna, eres muy amable. Y Lena, estoy segura de que se te dará bien tu cometido.

—¿Quiere que la ayudemos a vestirse? —preguntó Susanna, todavía algo inquieta.

El reloj iba avanzando. Si quería desayunar abajo, más me valía estar allí cuanto antes. Mi madre tendría que esperarme para guardar las apariencias, pero con cada minuto que pasara se pondría más insoportable todavía, y eso acababa acusándolo el servicio.

—No, no será necesario. Solo sacadme ropa limpia. He pensado visitar a mi hermano.

—Querrá prendas oscuras, ¿verdad?

Prendas oscuras. La miré con espanto. Sí, desde luego, prendas oscuras. Las que no había querido meter en la bolsa en Estocolmo. El enterrador vendría a lo largo del día para meter a mi padre en el ataúd. ¡Había que organizar el funeral! Asuntos en los que la hija de la casa debía ayudar, pero ¿podía aplazar la visita a mi hermano, que estaba muy malherido?

—Sí, desde luego, ropa oscura. Negra. —Lo pensé un momento y añadí—: Ignoro si poseo algo adecuado, pero seguro que tú conoces mi vestuario mejor que yo. No he traído nada oscuro. Si en mi armario no encuentras nada apropiado, pídele a Linda que te preste algo de mi madre, por favor.

La mirada que intercambiaron las dos criadas hablaba por sí sola. Si le pedían a Linda, la doncella de Stella Lejongård, que me proporcionara algo del armario de la señora, seguro que les daría alguna prenda ajada con la que me dejaría en ridículo. Linda nunca había tenido ningún desencuentro conmigo, pero se imbuía tanto de los gustos y opiniones de su ama que me odiaba tanto como mi propia madre.

—En fin —dije entonces—, si no encontráis nada negro y adecuado, que sea al menos azul oscuro.

Susanna consiguió esbozar una tímida sonrisa.

—Veremos lo que puede hacerse.

—Gracias —dije, y les indiqué que podían retirarse.

**D**ecidí presentarme a desayunar con una blusa gris oscuro y una falda de cuadros, oscura también. No eran prendas de luto y no podría ponérmelas para salir, pero para desayunar bastarían, porque daba lo mismo con qué conjunto apareciera, la opinión de mi madre sobre mí sería la misma.

La encontré sentada en su sitio habitual a la mesa del desayuno, que estaba servida con tanta opulencia como si mi padre y Hendrik tuvieran que llegar después de una cabalgada matutina.

—Buenos días, madre —dije, y me dirigí a mi silla.

Casi me extrañó que en mi sitio no hubieran puesto un servicio deteriorado o con taras, para hacerme notar que allí ya no me querían. Sin embargo, enseguida recordé que en esa casa no se guardaba nada defectuoso.

Una criada, Marie, apareció con una cafetera. Por un momento creí que aún bajarían mi padre o mi hermano, pero cuando el café cayó en mi taza comprendí que el desayuno

había empezado. Jamás lo habría hecho sin que todos los miembros de la familia estuvieran sentados a la mesa.

No tenía hambre. El aroma de las gachas de avena, que normalmente me encantaban, me cerró el estómago. Tampoco me apetecían las galletas, que con su botón de mermelada roja me recordaban a una herida abierta, pero sí agradecí el café. Me daría fuerzas para sobrellevar el día. Durante un rato solo se oyó el tictac del reloj de pie y los suaves golpecitos de los tacones de Marie. Por lo demás, silencio absoluto. Mi madre parecía tener apetito, ya que comía las gachas de su cuenco a cucharadas. Iba de negro, con un vestido muy sencillo. Ese día tendría mucho que hacer. Debía darle instrucciones al enterrador, visitar el panteón y luego encarregar las esquelas mortuorias de los periódicos. Apreté una mano contra la taza de café, disfruté de su calidez y bebí un primer sorbo. Solo y sin azúcar, así era como más me gustaba. Michael decía que bebía café de hombres. La mayoría de las mujeres lo tomaban con crema de leche y azúcar, algunas incluso con especias, pero yo nunca lo había hecho.

Miré hacia el sitio de mi padre. Mi madre debía de haber ordenado que le pusieran un servicio. El periódico matutino estaba sin tocar junto a su plato. También el servicio de Hendrik estaba preparado. Esa visión me provocó un escalofrío en la espalda.

—¿Qué tal has pasado la noche?

Las palabras de mi madre llegaron hasta mí como la reverberación de un eco. Casi se me atragantó el café. Cuando levanté la vista, me di cuenta de que me estaba mirando, pero no era una mirada cariñosa y llena de interés, tampoco preocupada. Sus ojos eran como perlas negras en un rostro pétreo.

—No demasiado bien —respondí.

Mis sentimientos no habían cambiado desde la noche anterior. Seguía abatida por la tristeza, pero ya no era más que una presión vaga en el pecho. Sabía que el dolor regresaría en oleadas, que en cualquier momento podría arreciar de nuevo, pero ahora el mar estaba en calma.



Mi madre me miró unos instantes con sus ojos de perla y se volvió de nuevo hacia su comida. Debería haber contestado su pregunta con más detalle, decirle que había llorado, pero después de lo que me había hecho el día anterior no fui capaz.

—Iré a ver a Hendrik —informé entonces—. Está en el hospital de Kristianstad, ¿verdad?

—Sí —contestó, y se llevó la taza a los labios para no tener que decir nada más.

Comprendí que era mejor dejarla tranquila. Con mi decisión de trasladarme a Estocolmo había cortado el cordón umbilical, y Stella me lo hacía notar con claridad.

**A**ntes de regresar a mi habitación, decidí despedirme de mi padre. La noche anterior, el sueño me había sobrevenido enseguida y ahora sentí la necesidad de verlo una última vez antes de que desapareciera dentro del ataúd.

La puerta de su habitación casi me pareció un gigante amenazador. Sabía lo que había al otro lado. Mi padre ya no podía recriminarme ni exigirme nada, pero yo habría escuchado de buen grado cada uno de sus reproches si aún hubiese estado vivo para lanzármelos.

—Señorita.

Cuando volví la vista, Arno Bruns salió de entre la penumbra en la esquina que había junto a la puerta.

—Buenos días, Bruns —contesté de forma mecánica, sin atisbo de amabilidad. No olvidaba que había obedecido la orden de mi madre.

—Yo... bueno, quería disculparme por mi comportamiento de ayer —dijo el ayuda de cámara, y bajó la cabeza—. Debí haberla avisado. Prepararla de alguna forma. No sé...

—Cumplía órdenes de mi madre. No hizo nada incorrecto. —Su arrepentimiento me había conmovido.

—Sí, sin duda, pero... La conozco a usted desde que era pequeña, y por lo menos debí insinuarle algo. —Se detuvo un momento y luego añadió—: Lo siento mucho. Si me hubieran

llevado ante el cadáver de mi padre sin que yo sospechara nada, seguro que me habría venido abajo.

Y eso mismo me había ocurrido a mí, solo que ya en mi habitación. Una Lejongård siempre mantenía la compostura en público.

—No pasa nada —le aseguré, y sonó un poco como si consolara a un niño pequeño—. No se lo he tomado a mal.

Él asintió, aunque no pareció aliviado. Yo no podía hacer mucho más que decirle que le perdonaba, pero él sabía que las frases de un señor o una señora no siempre querían decir lo que parecían decir.

—Me gustaría ver otra vez a mi padre —dije—, y después visitaré a mi hermano. ¿Tal vez podría usted avisar de que necesitaré a August con el carruaje?

—Como desee, señorita. —Hizo una pequeña reverencia y se retiró.

Me volví de nuevo hacia la puerta, respiré hondo y abrí.

Las cortinas estaban medio echadas, como si temieran que mi padre pudiera despertar de un sueño. La estrecha franja de luz que entraba por la ventana se posaba en su rostro como el foco de un escenario teatral.

Me senté junto a él, en la cama, e intenté no fijarme en que estaba carbonizado y olía a formol. También intenté no mirarlo directamente, por miedo a ver sus terribles heridas. Me bastaba con verlo de soslayo. De nuevo se me saltaron las lágrimas y un nudo me cerró la garganta, pero esta vez fue diferente. Ya no sentía conmoción, sino más bien un dolor uniforme. No podía fingir que no estaba ahí, pero sí soportarlo.

—Lo siento mucho, padre. —Mi voz sonó apagada en la habitación—. Lamento haberte dado tantos disgustos. Lamento haber tenido opiniones propias y no haber estado aquí, pero siempre pensé que llegarías a cumplir los cien. Pensé que las cosas nunca cambiarían. Perdóname por mi error, no estaba preparada.

Un silencio.

—Nunca quise complicaros la vida. Tampoco lo quiero ahora, pero es que no estoy hecha para este mundo. Vivimos



en un nuevo siglo, todo está cambiando muy rápido y no creo que debamos quedarnos atrás. Al menos, no quienes aún tenemos la vida por delante. ¿O no fuiste tú también rebelde? ¿No te enfrentaste a tu madre?

Por desgracia, él nunca nos había contado mucho acerca de nuestros abuelos. Nuestra abuela era una anciana gruñona vestida de negro que casi nunca decía más que lo imprescindible. El único libro que tenía importancia para ella era la Biblia, y siempre se encargó de que acatáramos la ley de Dios con mano de hierro. De ella no podíamos esperar una alegría desmesurada; la reservaba toda para cuando llegara al Paraíso. A los niños nos parecía un poco sombría. Yo no sabía si uno podía rebelarse contra una mujer así. Mi padre siempre había cuidado de que todo guardara su orden, así que no sabía si algún día habría hecho algo para ensombrecer más aún el rostro de su madre.

—En fin, quizá no lo hicieras. Así que, de nuevo, lo siento mucho. No puedo prometerte que seré como a ti te habría gustado, pero sí asegurarte que seguiré mi camino en la vida y encontraré la felicidad. De algún modo.

Un leve ruido me interrumpió. Miré hacia la puerta. Me había parecido que la habían abierto. ¿Sería Bruns? ¿O mi madre, que quería ver a su marido una vez más? Me parecía poco probable, pero no estaba segura.

Fuera quien fuese el que había querido entrar en la habitación, había cambiado de idea. Los pasos al otro lado de la puerta sonaron tan tenues que no era de extrañar que no los hubiera oído durante mi monólogo. Al final se desvanecieron.

Me levanté y miré directamente a mi padre.

—Te prometo que no dejaré a Hendrik ni a Lejongård abandonados. Lo haré a mi manera, pero lo haré.

A él esa promesa ya no le servía de nada, pero a mí sí. Me sentí algo más tranquila y el dolor de mi pecho remitió un poco.